En la Carretera

J. A. Fernandez

Capítulo 1

En la Carretera

Me despierto de golpe, con un grito asustado y la respiración agitada. Al mirar veo borroso, pero no todo. Son sólo los contornos que veo mal. Tengo un dolor de cabeza molesto, un leve zumbido en los oídos y una puntada por debajo de las costillas. Siento el estómago revuelto, creo que en cualquier momento voy a vomitar.

Si hoy por la mañana, al salir de mi casa a trotar como de costumbre, algún vecino (o cualquier persona en realidad), me hubiese dicho que me quedaban tan sólo unas pocas horas de vida. De seguro me habría reído en su cara, mandándolo a la misma mierda por decirme una broma tan mala. Pero aquí me encuentro ahora, colgando de cabeza.

Pasados unos segundos de pestañeo rápido, mi vista se aclara un poco. Observo detenidamente que una cuerda sujeta mis pies que va directa a la rama de un árbol. Mis dedos de las manos casi tocan el suelo. Un leve vaivén me mueve adelante y atrás. Es muy suave el movimiento, casi imperceptible. Repentinamente una sensación de pánico se apodera de mí. Empiezo a pensar que tal vez puedo morir ahí.

Comienzo por moverme agitadamente para liberarme. Intento doblarme hacia arriba impulsándome con los brazos (de seguro me veo ridículo). Desde los veintitrés años que no me puedo mi propio peso. La falta de ejercicios de fuerza me pasa ahora la cuenta. Siempre he preferido el cardio. Lo intento unas tres veces más, pero es inútil, no hay nada que pueda hacer por liberarme.

Respiro profundo tratando de calmarme. Me quedo en el más absoluto silencio. Los crujidos de unas ramas a la distancia me hacen entender que hay alguien en las cercanías. Cuando quiero gritar pidiendo ayuda, algo me detiene. En segundos recuerdo todo lo ocurrido hasta ahora. Alguien me ha dejado aquí amarrado al árbol, y ahora siento su presencia, todavía sigue por ahí, cercana, acechándome, dispuesta a saltar en cualquier momento sobre mí. Pero no comprendo la espera. No logro entender por qué me tiene colgando. Dentro de lo que recuerdo, está el hecho de que es segunda vez que, en las últimas horas, despierto estando de cabeza. Río de desesperación. Mis carcajadas están llenas de locura e irracionalidad. Si bien, la primera vez que desperté de cabeza la situación fue distinta, el terror que sentí entonces fue tan grande como ahora. Incluso creo que es mejor que les cuente desde el momento exacto en que mi martirio empezó, porque tal vez conociendo toda la historia,

podrán entenderme y sólo entonces juzgar si yo, Alejandro Beltrán, merezco la muerte o no…

Capítulo 2

Horas antes había tomado valor y salí de mi casa cuando el sol ya comenzaba a esconderse tras la cordillera de la costa. Iba exclusivamente a ver a mi hija, aunque fuera a la fuerza. Extrañaba su voz, su sonrisa, su compañía cada domingo en las mañanas cuando pese a tener nueve años, salíamos a trotar.

Llevaba tres meses sin poder verla, porque mi ex mujer Natalia, simplemente no me dejaba. Sus fundamentos se basaban en que según ella, yo era una mala persona y un mal padre. Yo, que siempre había apoyado a mi hija. El único que iba a las reuniones de su escuela. El único que la iba a ver en sus presentaciones y la llevaba a los cumpleaños. Y bueno, a mi mujer también le daba todo lo que quisiera. Le había concedido todos sus deseos y pagaba sus lujos y cada cosa que se le antojaba —"Que quiero hacer un viaje, que necesito ir a un SPA, que quiero estos vestidos y estas joyas"— repetía cada semana, como un discurso aprendido de memoria. Y de pronto, de la noche a la mañana, se le ocurrió que yo era una mala persona, y lo peor de todo, un mal padre.

Llegué temprano a su casa, convencido de que Natalia estaría aún en su trabajo, y sólo se encontraría Amanda y la nana. Quien me abrió la puerta fue mi hija. Sus ojos parecieron iluminarse cuando me vio ahí, parado frente a ella. Se lanzó sobre mis brazos con una gran sonrisa. La apreté fuertemente, con ternura. Estaba feliz de verla.

Marcela, la nana, apareció detrás de ella y se quedó helada al verme. De seguro tenía instrucciones de que yo no podía estar ahí, pero al mirarnos, su cara de espanto se endulzó.

— Sólo unos minutos —dijo, y se metió en la cocina.

Amanda me hizo pasar al living y me senté en un sillón mientras ella iba a buscar un jugo para mí. Cuando volvió con el vaso escuché que desde una de las habitaciones alguien hablaba:

— Amanda ¿Quién llegó? ¿Es Javier?

Mi hija se puso nerviosa. Y yo también. No me esperaba la sorpresa de que Natalia estuviera en la casa, además «¿Quién mierda era Javier?»

Amanda al ver mi rostro, comprendió que yo ya no estaba tranquilo. Y pareció leer mi mente porque inmediatamente me susurró:

— Es su nuevo "pololo". Y se supone que la llevará al médico

porque anda con sus típicos… “dolores de cabeza”.

Todo lo que mencionó mi hija, lo señaló con una ironía en el tono de su voz. Era muy triste para mi ver que, a su edad, estuviera viviendo la separación de sus padres y más encima, el estúpido e irresponsable comportamiento de Natalia. Así que sin pensar en los pro y contra, tomé una decisión que cambiaría nuestras vidas.

— Ve a buscar un bolso y lo llenas con tu ropa —La besé en la frente—. Nos vamos de aquí.

Amanda sonrió y desapareció rápidamente por el pasillo que daba a las habitaciones de la casa. Desde el otro sector vi que aparecía la nana con cara de preocupación. Me dijo que lo mejor era marcharme, sino habría problemas. Pero negué con la cabeza (No estaba para nada dispuesto a que a mi hija siguiera viviendo de esa forma, no se lo merecía), me volví a sentar y le pedí que se retirara porque si no el problema lo tendría conmigo. No era cierto, pero la amedrenté. Se volvió a meter en la cocina.

Minutos después (me parecieron horas), regresó Amanda con una mochila de mediano tamaño y me dijo que estaba lista. Caminamos a la puerta para salir de aquel lugar que antes había sido mi casa, pero que ahora lo encontraba irreconocible. Sin embargo, no alcanzamos a salir. Natalia apareció en el pasillo justo antes de que abriéramos la puerta. Al verme entró en cólera. De verdad me odiaba.

— ¡Qué mierda haces aquí!

El olor a alcohol que salió de su boca, y sus ojos rojos, me hicieron entender que se justificaba el llevarme a Amanda de ese lugar.

— Amanda no puede seguir aquí. La vida que le estás dando es una cagada.

— Eso lo decido yo, no puedes llevártela.

Tomé de la mano a mi hija y le di la espalda a aquella mujer que mostraba claramente una cuota de locura. Abrí la puerta y sólo sentí un agudo dolor en mi cabeza y una quebrazón de vidrios. Mi hija gritó espantada. Caí arrodillado. Me volteé a mirar y vi que Natalia sostenía una copa rota y Amanda se ponía a llorar.

Nunca he sido un hombre violento, jamás había sentido siquiera las ganas de gritarle a mi familia por algo que no me pareciera, pero lo que acababa de ocurrir me hizo sentir una rabia tremenda. Sentí que mis músculos se tensaban y mis ojos se ponían calientes. Me paré rápidamente y me fui contra Natalia. Ella debe haber sentido temor al ver

mi rostro porque retrocedió un paso. Entonces la tomé por los hombros dispuesto a extrangularla, abofetearla, darle un puñetazo (Daba lo mismo qué). Lo importante era hacerle daño y así ver si reaccionaba de una vez por todas y terminaba por comprender que la estaba cagando. Pero alcancé a darme cuenta de que no podía hacer algo así, y sólo atiné a empujarla hacia atrás. Ella cayó sentada en el piso, con cara de sorpresa.

— ¡Me voy con Amanda, sí o sí! —dije con rabia.

Tomé a mi hija de la mano nuevamente y salí de la casa. Subimos al auto y emprendí la marcha rumbo a la carretera. Mis intenciones no eran ir a mi casa. En un momento había decidido que debíamos salir de la ciudad y empezar de nuevo, los dos solos. Sin duda se podía, ya que existen muchos padres que han criado a sus hijos e hijas, solos, sin una madre que esté presente. Eso haríamos Amanda y yo. Lo que no sabía entonces, era el costo de la decisión que acababa de tomar.

No demoré mucho en llegar a la carretera principal, que iba hacia el sur del país. Entré a ella y luego de recorrer unos cuantos kilómetros me metí a una gasolinera para llenar el estanque y comprar algunas cosas de comer. Luego seguí conduciendo unas dos horas más o menos. La ciudad había quedado muy atrás. El último lugar poblado había sido una edificación a varios kilómetros distantes de donde pasaba la carretera (Que a lo lejos me pareció una antigua casona en ruinas). Ahora sólo había una gran extensión de bosque, en ambos costados del camino. La noche ya estaba sobre nosotros y la carretera no era iluminada. Sólo podía ver lo que los focos de mi vehículo alcanzaban a alumbrar. Amanda había estado callada la última media hora. Me preocupé al pensar que tal vez estaba analizando todo lo vivido y ahora estaba arrepentida de ir conmigo (Después de todo, los niños y niñas siempre prefieren quedarse con su madre, y es la primera persona a quien llaman cuando sienten temor). Decidí asegurarme si se había quedado dormida y me di vuelta para mirar hacia atrás. Dormía plácidamente con su cabeza apoyada en la ventana del vehículo. Había puesto su mochila como almohada. La contemplé un segundo, no debe haber sido más que eso. Pero ese breve instante fue el suficiente para despreocuparme del camino. Cuando volví a observar hacia el frente, sólo pude ver una sombra que se atravesaba en la carretera y sentí el impacto, primero en el parachoques y luego en el parabrisas. Perdí el control del vehículo y éste se salió de la carretera, quise frenar, pero mi pie no encontró el pedal. Sentí terror al ver que íbamos directo a un árbol. Escuché el aterrador grito de mi hija que había despertado y solo atiné a girar el volante, volvimos a entrar a la carretera, pero con la velocidad que llevábamos fue un gran error haber virado de esa forma. El vehículo comenzó a dar vueltas. Con cada giro yo solo

pensaba en Amanda, que ella se salvara. Fue entonces que perdí el conocimiento.

Capítulo 3

Cuando desperté, sólo unos segundos fueron suficientes para darme cuenta de que me encontraba de cabeza. Sentía el pelo húmedo. Quise tocarlo, pero al mover mi brazo sentí un fuerte dolor en el codo. Pero ese dolor no era tan fuerte como el que sentí repentinamente en la parte baja de mi abdomen. Entre las costillas y el ombligo. En un comienzo no entendía por qué razón me encontraba de cabeza, pero tras enfocar mejor mi vista, pude ver que estaba frente al volante de un vehículo. Recordé la sombra, el choque con él, el parabrisas quebrado, el descontrol de mi auto… y a mi hija Amanda.

El terror y la desesperación se apoderaron de mí. Intenté mirar hacia los asientos de atrás. Giré mi cabeza y pude ver de reojo su mano.

— Amanda…Amanda… ¡Amandita!

No me respondía. Creí que mi corazón se detenía. Una angustia se apoderó de mí y comencé una frenética lucha con el cinturón de seguridad. No podía creer que se hubiera trabado tanto. Lo tiré varias veces, hasta que finalmente la hebilla salió del seguro y pude sacármelo. Caí sobre el techo y sin importarme el dolor del abdomen, pasé como pude hacia atrás del vehículo. Algunos trozos de vidrio se fueron incrustando en mis palmas. Empecé a sangrar. Me ardía cada herida que me hacía, pero daba lo mismo. Mi hija tenía los ojos cerrados, y no reaccionaba. A veces hay que vivir situaciones muy extremas para entender lo que uno es capaz de hacer por sus hijos. Porque siempre escuchamos a la gente decir: "Yo haría lo que fuera por mi hijo", "Daría mi vida por él", pero al final debes estar en una situación realmente difícil (como la que estaba viviendo en ese instante) para saber con certeza lo que eres capaz de hacer.

Me acerqué a Amanda y sentí un pequeño alivio al poner mi oído en su pecho y comprobar que su corazón aún latía. Cuando la miré con más atención vi que su pecho subía y bajaba. Aún respiraba. Dándole unos golpecitos en su rostro intenté despertarla, la tomé de los hombros y la moví un poco, pero no había caso. Ya cuando la desesperación me invadía, ella empezó a balbucear y abrió los ojos lentamente.

— ¿Papito? ¿Qué pasó?

La abracé fuertemente, aliviado.

— ¡Gracias a Dios hija! —Mis ojos estaban llorosos— ¿Te duele algo?

— No. Un poco la cabeza.

— Bien, debemos salir de aquí, tuvimos un accidente.

Le saqué el cinturón de seguridad y segundos después salimos del vehículo. Nos alejamos lentamente. Yo caminaba con dificultad por el dolor en mi costado. Nos sentamos a la orilla de la carretera. Los ojos de Amanda demostraban miedo, y no era para menos con la experiencia que acabábamos de vivir.

Me quedé pensativo, debía ocurrírseme algo pronto. No podíamos quedarnos ahí en el frío de la noche. Me paré y le pedí a Amanda que esperara ahí.

Caminé lentamente hacia el vehículo y desde donde me encontraba pude ver en las condiciones que éste había quedado. Estaba dado vuelta, una rueda aún giraba lentamente. Tenía una puerta menos, la del piloto. El parabrisas había quedado destrozado, y el capót todo doblado e inservible. Salía vapor. Tal vez fuera el radiador, nunca supe. Nos habíamos salvado de milagro (Di gracias por eso).

Al mirar hacia un costado del camino vi el cadáver de lo que habíamos atropellado. Era un cordero, de mediana estatura. Miré hacia todos lados creyendo que en cualquier momento aparecería su dueño. Seguí caminado hasta el vehículo y cuando llegué a las puertas me agaché, pero el dolor me hizo chillar y levantarme rápidamente. Respiré profundo. Sólo entonces me di cuenta de que llevaba incrustado un trozo de metal en mi abdomen. Tendría que sacarlo luego. Me agaché lentamente, respirando profundo y me introduje en el auto para sacar el polerón de Amanda y una botella con agua —Por suerte había tomado una buena decisión al pasar a comprar en la gasolinera—. De la guantera saqué un pequeño botiquín para ver si me servía de algo. Siempre pensé que era muy básico su contenido —Una bolsita con apósito, tres parches curitas, un rollito de tela adhesiva, un frasquito de agua oxigenada y cuatro dipironas—, y nunca lo cambié. Ahora me arrepentía de ello.

Cuando ya iba a salir del vehículo, recordé mi teléfono, podría llamar a Bomberos o a Carabineros, daba lo mismo con quien hablar así que me toqué el pantalón de mi buzo. Estaba seguro de que lo llevaba ahí, pero no lo encontré. Miré hacia el interior del vehículo y lo pude ver entre los asientos. Con dificultad lo recogí, pero mi decepción fue grande al ver que la pantalla se había ido a negro. Estaba rota. Toqué todos los botones, pero el aparato no encendió.

Me devolví lentamente donde Amanda y la abrigué. La abracé mientras me sentaba a su lado.

El dolor punzante me hizo poner atención a mi abdomen y pensar cómo sacar aquel trozo de metal incrustado. Sentía que me quemaba la piel.

Le pedí a mi hija que me acercara una rama que se encontraba cerca y después tuve que pedirle que cerrara los ojos. Necesitaba sacarme el trozo de metal del abdomen. Amanda cerró los ojos. Yo puse la rama entre mis dientes y la apreté con fuerza. Luego tomé un extremo del trozo de metal y comencé a sacarlo lentamente. Sentí nauseas al principio y mientras oía el ruido de la carne rasgándose quise vomitar. Mis ojos se llenaron de lágrimas y tuve que controlar las arcadas. Respiraba fuertemente por entre lo que quedaba de espacio entre mis dientes y la rama. La saliva me caía de la boca y pensé que volvería a desmayarme. Pero logré sacar el metal antes de que eso pasara. Mi respiración se calmó y me sentí mejor. Rasgué mi camiseta y coloqué un pedazo sobre la herida que había quedado. El polerón me lo amarré cerca de la cintura de tal forma que afirmara el trozo de tela que cubría ahora mi herida.

— Si quieres duerme mi amor —dije con ternura, tratando de mostrar seguridad—. Esperaremos un ratito a ver si pasa un vehículo que nos pueda llevar.

Ella abrió los ojos, me miró tiernamente y me abrazó. Le besé la frente, mientras ella se recostaba junto a mí y cerraba sus ojos nuevamente, «Nunca debí sacarte de esa forma de tu casa», pensé. Pero ya no había vuelta atrás, lo echo, echo estaba y debía mirar para adelante. De seguro que Natalia en ese momento ya había llamado a la policía para avisar del “secuestro” de su hija. Pero también se trataba de mi hija, y cuando aquella tarde salí de mi casa, y subí a mi vehículo para ir a verla. No tenía la intención de llevármela de esa forma. Sólo quería verla y abrazarla. Decirle lo mucho que la amo (Mi reacción posterior sin duda se justificaba). La policía lo entendería cuando le contara mi versión de los hechos. ¿Quién podría estar a favor de una madre alcohólica y despreocupada de su única hija? Al final sólo le interesaba el dinero, y Amanda estaba al final de sus preocupaciones. Y casi siempre fue así. Pero yo no lo noté en un comienzo ya que al menos los dos primeros años de matrimonio habían sido perfectos.

Capítulo 4

Cuando nos casamos todo era genial. Éramos una pareja muy feliz y la envidia de los vecinos. Mucho sexo, muchos viajes y fiestas. Como una pareja normal. Pero a los dos años nació Amanda y todo cambió. Se transformó en nuestra principal preocupación y yo me fui haciendo cargo de todo lo que tenía que ver con ella. Me gustaba hacerlo y no me daba cuenta de que Natalia se iba desligando completamente de la responsabilidad.

Comenzó a exigirme que la sacara a comer al menos tres veces a la semana, que hiciéramos viajes fuera del país, y todos los meses cambiaba su ropa. Yo le concedía sus deseos ya que no me complicaba el dinero. Mi trabajo me permitía hacer gastos, y tener dinero ahorrado, pero cuando la gerente de la empresa tomó malas decisiones y las cosas se fueron abajo, se vio obligada a prescindir de los servicios de varios colaboradores, entre ellos yo. Así que no me quedó otra que ajustarme el cinturón y ser más precavido. Inevitablemente el pozo ahorrado comenzó a bajar, y el amor de Natalia hacia mi, también. Comenzaron las discusiones, los arrebatos y de pronto comenzó a ausentarse de la casa, cada vez más seguido de lo normal. No lo entendí hasta hoy, cuando supe de “Javier”.

Miré a mi hija. Dormía como si nada hubiera pasado. Siempre había admirado esa capacidad suya para demorarse nada en dormirse. Era instantánea.

Un ruido lejano llamó mi atención. Parecía el sonido de un motor de vehículo que se acercaba. Mi corazón se aceleró, no podía perder tiempo. Acomodé a Amanda en la berma y me paré lo más rápido que pude para ponerme en la orilla del camino. Cuando ya comencé a convencerme que mi imaginación me engañaba vi el haz de luz de unos focos que giraban más adelante, en la curva del camino. Segundos después apareció frente a mí un Volkswagen Gol a toda velocidad. Levanté mis brazos y los agité. El vehículo pasó raudo sin ninguna intención de parar. Lo quedé mirando con disgusto. Pero unos metros más adelante el vehículo se detuvo bruscamente. Corrí hacia él y al llegar junto al automóvil descubrí que lo conducía una mujer. Había encendido la luz interior. No era muy joven ni vieja. Era casi como de mi edad, unos treinta y ocho años tal vez. Lo que más me llamó la atención sí, fueron sus increíbles ojos. Eran grandes y muy expresivos. Bueno, lo otro que me causó curiosidad fue su pelo todo despeinado.

¿Qué haces solo en la carretera? —sonrió.
Tuve un accidente, choqué con un animal y mi vehículo se dio vuelta estoy con mi hija —dije sin respirar.

La mujer se sorprendió y me indicó que fuera a buscar a Amanda, que me llevaría al Hospital. Al instante me devolví donde mi hija, la desperté y minutos después ya íbamos en el auto, rumbo al hospital más cercano. Mi hija iba en el asiento de atrás. Yo viajaba de copiloto.

Al mirar con más detalle a la mujer me sentí atraído. Era realmente hermosa. Su pelo tenía una tonalidad entre castaño y cobrizo. Su piel era blanca. Le di las gracias intentado iniciar una conversación.

— No es nada —me dijo— ¿Viajaban hacia algún lugar en particular?

— Íbamos de paseo rumbo a la casa de mis padres —mentí en parte. Incluso me asombré de que me fuera tan fácil inventar aquello. Pero al final daba lo mismo, ella no tenía por qué saber si lo que decía era verdad o no. Nos dejaría en el hospital y luego ya no nos veríamos.

— Me llamo Daniela —dijo de pronto.

— Yo soy Alejandro —señalé

— Mucho gusto Alejandro

Sus palabras o la forma en que las mencionó de alguna forma me excitaron. Ella era muy atractiva (creo que ya lo había dicho), y en cierta medida me pareció provocativa. Su mirada y sus palabras algo me insinuaron. El movimiento de sus piernas y la forma en que se levantó un poco el vestido, para acariciar su pierna, me lo confirmaron.

— Quieres maní —ofreció de pronto a Amanda

Coincidentemente, mi hija era amante indiscutible del maní. Le gustaba salado, confitado, sin sal, bañado en chocolate, caramelo, en fin, todas las variedades que existieran. Era de aquellas personas que abría una bolsa de maní y no podía parar de comer hasta que no quedara ninguno.

Daniela se metió la mano al bolsillo, tan lentamente que por una fracción de segundo (y de manera ridícula), creí que sacaría un arma y nos volaría la cabeza, ahí mismo. Pero eso no sucedió por supuesto. La mujer sacó un paquete de maní y lo pasó hacia atrás, para que lo tomara Amanda. Apreté mis labios para no reír por la estúpida idea que acababa de pasar por mi cabeza.

— Trata por favor de no mascar muy fuerte —dijo Daniela, mientras entregaba la bolsa a mi hija.

Amanda recibió el maní y comenzó a comer rápidamente (como siempre lo hacía si se trataba de maní). La pude observar por mi espejo retrovisor

y me causó gracia. Aún no podía entender esa locura por el maní.

Lo que ocurrió después fue casi sacado de otro momento, como irreal. Algo que me pareció completamente fuera de foco.

— ¡Te dije que mascaras despacio! —gritó repentinamente Daniela de una forma que me hizo saltar del asiento.

La quedé mirando casi con incredulidad. Sin entender muy bien la razón de ese grito descontrolado y absurdo.

— Pero ¿Qué te pasa mujer? ¿Por qué le gritas de esa forma?

Volteé a mirar a Amanda y vi que ella había parado de comer. La bolsa de maní estaba a su lado. Varios de ellos estaban esparcidos por el asiento. Volví a mirar a Daniela, esperaba al menos una respuesta a mi pregunta.

Ella me miró por un instante con un gesto que interpreté de sorpresa. Como si de pronto se diera cuenta de que había exagerado.

— Perdón, perdónenme. Lo que pasa es que no soporto escuchar a la gente masticar o hacer ruidos con la boca. Está científicamente comprobado que hay muchas personas que padecen esta especie de fobia, incluso tiene un nombre. Se llama “misofonia”. Hace poco lo leí en una revista. Es desesperante. Casi es como una tortura. Y la tortura es mala… sobre todo si experimentan contigo…

Daniela se quedó en silencio unos segundos, con una expresión extraña en su rostro, pero que cambió de manera instantánea. Me miró y sonrió nuevamente. Yo no supe qué pensar.

Capítulo 5

Me había quedado de una pieza con la reacción de la mujer.

— Lo siento —dijo

— Tranquila —señalé con sinceridad—. Te entiendo.

Media hora después, Amanda se había quedado dormida. Nosotros no habíamos parado de hablar y coquetear. De verdad me había cautivado Daniela. Cada cierto minuto me miraba fijamente, descuidando la vista de la carretera, sonreía coquetamente y luego volteaba para mirar hacia adelante. Me contó de sus tres gatos, su exmarido que nunca la había querido y la había abandonado. De la noche a la mañana el tipo se cansó de ella, primero la empezó a tratar con frialdad, luego dejaron de tener sexo, comenzaron a dormir en cuartos separados, hasta que un día, el tipo llegó del trabajo y le dijo que se había cansado de la relación, así que se iría ese mismo día de la casa. El problema fue que se había largado llevándose a su hija Simona que ahora debía tener casi la misma edad que mi hija. Me contó que nunca volvió a verla y que hasta ahora seguía buscándola. Por eso iba viajando hasta la próxima ciudad y que al recogernos en la carretera había sentido una luz de esperanza de que podría encontrarla. Sobre todo, al ver a Amanda.

Yo no hablé mucho de mí, preferí oír su historia ya que me encantaba también su voz. Era muy sensual. Sentí que me ruborizaba. A ratos me venían imágenes obscenas a mi mente, de los dos juntos, dejando la vida sobre el césped. Pensaba en algo así cuando ella me hizo una pregunta que jamás me habría esperado.

— ¿Está ocurriendo alguna especie de química entre nosotros?

— Heee…tal vez —sonreí nervioso. Me había tomado por sorpresa y no supe decir otra cosa.

Ella sonrió de manera exquisita. Sostenía muy firme el volante. Lo recuerdo porque miré sus manos y también me gustaron sus dedos largos. Por unos segundos bajé la mirada hacia la luz del estanque que se había encendido. Quise comentárselo cuando vi que la aguja del velocímetro comenzaba a descender. Ella fue disminuyendo la velocidad del vehículo cada vez más y finalmente se estacionó en la berma. Mi corazón comenzó a latir de manera acelerada ya que no supe que pensar.

— Tu hija duerme —señaló mientras miraba a Amanda—. ¿Qué tal si esta química, la transformamos en algo físico?

Tragué saliva mientras sentía una erección entre mis piernas. Jamás me hubiese esperado una propuesta de esa naturaleza. Incluso en otra circunstancia podría haber creído que se trataba de algún programa de cámara oculta. Como aquel en que ponían a prueba a algún tipo feo, guatón e imbécil, que juraba que la rubia despampanante que se le cruzaba en el camino, de verdad se había interesado en él y quería seducirlo. Siempre caían en la trampa los muy idiotas y cuando se daban cuenta de la verdad, ya era tarde. Después debían enfrentarse a la furia de sus parejas que habían visto todo por las cámaras. Quedaban como unos tontos frente a todo el que veía el programa por televisión.

Bueno, aquella mujer que tenía en frente en ese momento era muy hermosa y si bien yo me considero un hombre medianamente atractivo. Tal vez en un bar, o en la calle, una mujer así no se me habría acercado jamás.

Daniela apoyó su mano en mi rodilla y luego la metió sorpresivamente entre mis piernas. Yo di un pequeño salto, luego siguió moviendo su mano lentamente. Sin duda se dio cuenta de manera inmediata de que yo estaba excitado, al sentir la dureza. Se acercó a mí y me susurró al oído.

— ¿Y? ¿Qué me respondes? ¿Me lo quieres hacer ahí entre los árboles?

Volví a tragar saliva. Esta vez me sentí indefenso. Miré hacia atrás asustado de que mi hija despertara, pero ella dormía plácidamente.

— Vamos —dije.

Ahora no recuerdo todos los detalles, pero segundos después me encontraba sobre Daniela. No nos habíamos desnudado, yo sólo me había bajado los pantalones y ella se había subido el vestido. Me sostenía fuertemente las caderas entre sus muslos, mientras con los talones sobre mis nalgas, me empujaba hacia el interior de su cuerpo una y otra vez. La sentía ardiente y húmeda con cada embestida que le daba. Ella jadeaba, emitía quejidos cortos y casi reprimidos.

— Más rápido, más rápido — me decía de vez en cuando.

Yo miraba su cara de placer, su mentón hacia el cielo. Le besaba el cuello, le mordía los hombros. Disfrutaba sus quejidos contenidos. Le besaba sus senos, la recorría con mis manos. Nunca había tenido una experiencia sexual como esa. Daniela había superado todas mis expectativas del placer carnal.

Me empujó hacia un costado. Yo quedé tumbado de espalda y se montó sobre mi entrepierna. El vestido que nunca se sacó, quedó enrollado a la altura de su cintura. Ella misma me introdujo nuevamente en ella. Yo me quedé quieto mientras comenzaba a moverse hacia adelante y atrás, una

y otra vez con ritmo lento, luego a mayor velocidad. Tenía sus manos sobre mi pecho. En algún momento el movimiento cambió hacia arriba y abajo, casi con locura. A veces se tomaba el pelo con ambas manos y lo dejaba caer. Yo le acariciaba los pechos, apretándolos, masajeándolos.

— ¡Me voy! —susurró de pronto, con un quejido.

Ella no pudo reprimirse esta vez y soltó un gemido espectacular que me hizo terminar un segundo después. Soltando todo lo que llevaba dentro para luego perder mis fuerzas y sentir una absoluta calma. Había terminado dentro ella, sin pensar en ninguna consecuencia. Mi excitación me había cegado de todo pensamiento racional en ese instante.

Quise pedirle disculpas, aun sabiendo que habría sonado ridículo. Pero ella se adelantó casi intuyendo mis palabras y poniendo un dedo sobre mis labios, me susurró:

— Shiiiist. No digas nada.

Cerré los ojos un instante para terminar de calmarme. Mi respiración fue volviendo a la normalidad mientras mis latidos también se iban enlenteciendo. Sentía que Daniela se movía aún pero más lento. Entonces abrí los ojos para disfrutar de la belleza de aquella mujer, y lo que vi me erizó la piel. Tragué saliva y me quedé paralizado. Sólo atiné a sonreír estúpidamente.

Lo que vi me desconcertó. Primero pensé que se trataba de una broma, luego que estaba soñando placenteramente y que de pronto se transformaba en pesadilla. Segundos después entendí que todo era real y que, para mala suerte mía, me había metido en situación turbia.

Daniela aún sentada sobre mí, y conmigo dentro de ella, me apuntaba con un arma que no supe de dónde había sacado. De pronto recordé que había bajado con un pequeño bolso. Ahora entendía el por qué. Pero todo era absurdo. No podía pretender robarme si no llevaba nada conmigo. Además, para qué armar toda esta escena erótica. Podría haber sacado el arma apenas subimos al auto.

— ¿Qué estás haciendo? —dije, nervioso. Inventando una sonrisa—. Extraña tu broma.

Daniela sonrió también y luego miró al cielo, soltando un suspiro. Una estremecedora carcajada salió de su boca y de pronto la expresión de su rostro había cambiado de manera increíble. Seguía siendo hermosa, pero aquella mirada ya no era la misma. No supe interpretarla en ese momento.

— ¿Quién eres? —pregunté, intentando ganar tiempo con una conversación, mientras pensaba como salir de todo eso. Miré hacia el vehículo y gracias a Dios Amanda aún no despertaba.

— ¿Qué quién soy? Soy Daniela, ya sabes eso. Soy la guapa desconocida que acabas de cogerte. Pero eso no importa, igual estuviste muy bien. Hace mucho que no me echaba un polvo así. Lo importante es que ahora te quedarás aquí, sobre las hojas húmedas y no harás nada. Porque yo me subiré al auto y me llevaré a Simona.

— ¿Qué?

— Ya oíste. Recé durante mucho tiempo mientras estaba internada en aquel lugar —dijo, mientras se paraba y se acomodaba el vestido con una mano y con la otra sostenía el arma que no dejaba de apuntarme—. De pronto, luego de arrancar de aquel espantoso lugar, te cruzas en mi camino, con mi hijita. Sin duda que los milagros existen.

— Pero i¿De qué estás hablando?! Ella no es Simona. Me contaste que tu marido se la…

Sorpresivamente me golpeó la cabeza con el arma. Sentí un agudo dolor y comencé a marearme.

— ¡No me mientas maldito hijo de perra! ¡Tú te llevaste a mi hija! ¡Y por fin la he recuperado! ¡Ahora quédate ahí en el suelo porque si te mueves te meto un balazo!

Daniela se agachó y me agarró del pelo sin dejar de apuntarme con el arma. El cañón tocaba mi nariz.

— ¡Abre la boca!

— ¡Qué?

— ¡Abre la maldita boca!

No me quedó más que obedecerle. Lentamente abrí la boca y ella introdujo el cañón del arma. Sentí que mis ojos se humedecían.

Sería muy extraño no sentir pánico en una situación como la que estaba viviendo en aquel instante. Pero mi miedo no se relacionaba con la posibilidad de morir de un balazo en la cabeza. Mi mente sólo pensaba de manera aterrada, lo que podía hacerle a Amanda. En situaciones extremas el ser humano es capaz de hacer cosas maravillosas, como lograr una fuerza descomunal para levantar un vehículo, o moverse tan rápidamente para salvar de algún accidente, pero con un arma introducida en tu

garganta, eran pocas las posibilidades de salir ileso si intentaba algo.

Daniela se acercó a mí, me miró directamente a los ojos y me besó en la frente. Acarició mi pelo y luego limpió el sudor que me corría por la cara.

— Te ves lindo. Incluso más que cuando te fuiste dentro de mí. El sufrir te va bien, maldito secuestrador de niñas. Esperé tanto tiempo para verte así, que creo que la única forma de vengarme es volándote la cabeza.

Intenté tragar saliva entendiendo que no había escapatoria. Sentí náuseas y comencé a tener arcadas. Me faltaba la respiración. Toda la vida había creído que al estar al borde tu muerte recorrías en tu mente de manera fugaz, miles de recuerdos de lo que habías vivido hasta ese momento. Pero aquella creencia es una mierda. Estaba completamente equivocado. Lo único en que pensé en ese instante de desesperación era que iba a morir y no vería más a mi hija. Mi pensamiento exclusivo fue mi hija y el amor que sentía por ella.

Apreté los puños tomando un poco de tierra entre mis manos, sintiendo la desesperación e impotencia en mi interior. Miré directamente a los ojos enloquecidos de Daniela esperando lo peor. Entonces ella apretó el gatillo…y se oyó un clic. Nuestras miradas se dirigieron al arma. Algo había pasado porque el disparo no salió.

Comúnmente en las películas cuando alguien dispara y la bala no sale, se debe a que el arma tiene aún el seguro. Al parecer eso había ocurrido esta vez, pero no me puse a pensar si tenía razón o no. Rápidamente la empujé hacia atrás, el cañón del arma dañó mi paladar al salir despedido de mi boca. Daniela cayó de espaldas al suelo y en el golpe su mano soltó el arma. Pude haberla tomado, pero mi reacción fue subirme los pantalones y correr hacia el vehículo. Lo mejor era arrancar de allí y dejar a esa loca de mierda en el bosque.

Corrí rápidamente hacia el vehículo. Ya llevaba medio trayecto recorrido cuando el fuerte estruendo me detuvo. Di media vuelta y vi a Daniela apuntando hacia el cielo. Claramente ya le había sacado el seguro al arma.

— ¡No sigas corriendo hijo de puta y arrodíllate!

Nuevamente aquella mujer me tenía en sus manos. Me arrodillé con las manos en alto, pensando en lo ciego y estúpido que fui. En ningún momento había sospechado que Daniela no fuera una persona normal. No lo aparentaba para nada mientras viajábamos. Si bien había tenido actitudes extrañas que me sorprendieron, como el grito por el maní, su deseo carnal violento con el que me arrastró hasta fuera del vehículo, y la historia de su hija, nunca me imaginé lo que sólo ahora se confirmaba:

Daniela estaba definitivamente loca de remate.

Se comenzó a acercar lentamente hacia mí y entendí que debía hacer algo, no podía quedarme simplemente ahí, arrodillado a merced de esa mujer. Ella pasó al lado mío corriendo y se acercó al vehículo. Fue el momento en que tomé la decisión. Me levanté rápidamente del suelo y corrí hasta ella sin importarme las consecuencias. Pero ella se dio cuenta y giró hacia mí.

— ¡Te lo advertí! —dijo y disparó.

Aquella bala pasó silbando por mi oreja izquierda y vi con pánico que se incrustaba en un tronco detrás de mi (Al menos no tenía la puntería fina). Me quedé inmovilizado de terror. Intenté reaccionar nuevamente, pero esta vez mi cuerpo no me obedeció. Desde ahí vi que Daniela subía al vehículo, en el instante preciso en que veía una figura aparecer en el asiento de atrás. Amanda había despertado.

La adrenalina recorrió todo mi cuerpo y comprendí que ésta era la energía que te recorría y de la que muchos hablan sentir en momentos extremos. Emprendí la carrera hacia el automóvil sin pensar en nada más que debía detener como fuera a Daniela. Oí que el motor ya había sido encendido y el vehículo ya comenzaba a moverse cuando me tiré sobre el capó.

— ¡Papá!

Miré hacia el interior del vehículo y pude ver la cara de horror de Amanda. Al observar a través del vidrio a Daniela, comprendí que ella estaba dispuesta a todo.

— ¡Bájate de mi auto! —gritó al mismo tiempo que apretaba el acelerador porque el vehículo comenzó una frenética carrera.

Daniela a toda costa quería lanzarme del auto y para eso movía el volante de un lado a otro. Me afirmé como pude al limpia parabrisas, pero con horror vi que comenzaba a doblarse. Mi cuerpo parecía un muñeco de trapo moviéndose de un lado a otro. Entendí que me caería por más que tratara de afirmarme. Lo peor de todo sería caer hacia adelante y que Daniela me pasara el vehículo por encima. Y tal vez leyó mi pensamiento porque de pronto el vehículo paró bruscamente su marcha y mi cara chocó con el parabrisas. Luego el automóvil se movió hacia atrás y salí despedido de espalda al pavimento. El impacto de mi cuerpo fue primero con los codos, luego con la cabeza. Di varias vueltas y finalmente quedé tumbado boca abajo, sintiendo que me moría.

No tuve tiempo para pensar en nada, porque al siguiente segundo vi que el vehículo se me venía encima. Me paré como pude y me lancé hacia un costado del camino. Desde ahí vi que el vehículo se alejaba mientras

Amanda me miraba desde el interior sin parar de gritar.

La vista se me tornó borrosa, los dolores en mi cuerpo se multiplicaron. Creí que me iba a desmayar, pero comprendí que no podía. Debía seguir ese vehículo fuera como fuera.

Capítulo 6

Me quedé tumbado durante unos segundos, con los ojos cerrados, intentando calmar mi respiración. Sentía que el suelo giraba. El golpe en la cabeza había sido fuerte y eso me tenía aún mareado.

No merecía esto, sin duda que no. Tan sólo pretendía irme lejos con mi hija, para que tuviera una mejor vida y no la que su madre le estaba dando, haciéndola testigo de sus múltiples borracheras. Amanda merecía ser feliz, como cualquier niño o niña, y estaba seguro de que, al lado de su madre y en la forma en que se comportaba, eso no sería así. Por eso me la había llevado, pero jamás imaginé que pudiéramos vernos envueltos en una situación como la que estaba ocurriendo. Cómo iba a saber que Daniela estaba loca si se veía una persona muy normal, al menos hasta la escena con el saco de maní.

Un fugaz pensamiento cruzó mi cabeza y abrí los ojos. Mi mente intentaba decirme algo, que recordara algo, pero no lograba identificar de qué se trataba. Entendía que debía recordar un detalle, algo que vi, pero por más que lo intenté no pude saber qué me quería decir mi mente. Pero aquello me dio una nueva energía, me hizo entender que debía levantarme y comenzar a correr detrás del vehículo. Era absurdo pensar en encontrar a Daniela y Amanda, pero aquella idea que no lograba identificar me decía que podía hacerlo, que sí o sí las encontraría en algún momento.

Me levanté y miré hacia la carretera. Concentré mi mirada en el camino. Me propuse que aquel desafío era tal como cualquiera de las múltiples carreras en las que había participado, pero con una motivación extra. En la meta se encontraría mi hija.

Tomé aire y emprendí el trote por la orilla de la carretera. Esta vez no tenía una playlist que pudiera escuchar para mantenerme concentrado en mi objetivo. Ahora debía concentrarme en la respiración y mis latidos cardiacos. Pasados unos minutos el trote ya era mucho más rápido, mis zancadas ya eran las de una carrera de 21K. Comprendí que llevaba el ritmo correcto, pero pronto debería intensificarlo para poder ganar más tiempo.

Tan sólo unos meses atrás había corrido mi primera maratón. Las otras carreras anteriores habían sido de 21 kilómetros y este año quise dar el salto a la prueba máxima. Me preparé por seis meses, entrenando cada día como si fuera un profesional en la materia. Esto me llevó a adelgazar y tener un mejor estado físico. Mi tiempo mejoró considerablemente y comencé a sentir que la prueba no sería para nada difícil. Pero fue un gran error confiarme tanto. El día de la prueba, cuando ya había alcanzado el kilómetro 21, me di cuenta de que mi preparación no había sido tan espectacular como lo creí. Desde el kilómetro 21 en adelante todo era

nuevo para mí. Las calles por las que avanzábamos y la ruta en general era desconocida. No tenía idea la condición del pavimento, y si habría gente en la orilla que te apoyara. Fue el momento en que sentí temor y duda respecto a si de verdad podría terminar la carrera. Mi mente me decía que terminaría cómo fuera, aunque llegara arrastrándome a la meta. Pero mi físico me estaba diciendo lo contrario. Ya en el kilómetro 28 la cosa se puso más complicada. Los hombros se me pusieron pesados, como si cargara sobre ellos una maleta desde hace horas. Después comenzaron los principios de calambres en el cuádriceps izquierdo. Agradecí enormemente que en la ruta hubiera puestos con tambores de agua llenos de esponjas. Tomé varias durante la carrera y me las pasaba por las piernas y los brazos, mojando mis extremidades, calmando así un poco el dolor. Mi respiración ya no era la misma que la desde el inicio y ahora debía tomar grandes bocanadas de aire porque sentía que me faltaba oxígeno. Finalmente logré llegar a la meta en cuatro horas y media, lo estándar para un amateur como yo. Eso me hacía entender ahora que era capaz de al menos avanzar 42 kilómetros por la carretera, en un tiempo de cuatro horas y media. No tenía idea de qué lograba con eso, pero aquella idea que me era esquiva en la mente, aun me daba la energía para avanzar.

Cuando de acuerdo con mis cálculos ya llevaba un poco más de los 22 kilómetros, sentí un calambre. Pero esta vez no fue ni en el cuádriceps ni en la pantorrilla. El dolor me vino en la planta del pie derecho. Primero fue una especie de tirón y los dedos se me retorcieron así que trastabillé y caí de cabeza al suelo. Alcancé a frenar el golpe con los brazos y quedé tumbado en la carretera.

Sabía que no podía rendirme, pero mi cuerpo me decía que al menos debía descansar unos minutos para recomponerme. Cerré los ojos imaginé a Amanda. Siempre fue hermosa, desde que la vi por primera vez, aquellos ojitos me enamoraron de ella. Sólo entonces entendí lo que algunos amigos que habían sido padres me decían: “Nunca sabrás lo que se siente ser padre, hasta que lo experimentes, porque se trata de un sentimiento que no se puede describir con palabras”.

Hasta ahora habíamos sido muy cercanos Amanda y yo, y pese a la ruptura con su madre, mi hija lo comprendió y seguimos estando muy unidos. Nos veíamos menos ahora, pero el tiempo que le dedico cuando la tengo, es cien por ciento para ella <<Tú eres el motorcito de mi corazón>> le decía siempre <<Eres la bencina que lo hace latir>>.

Abrí los ojos sintiendo que mi corazón se aceleraba. Aquella idea esquiva acababa de materializarse en mi cabeza. La frase que acababa de recordar lo había logrado. Primero fue una imagen borrosa, pero luego se hizo más nítida. Se trataba del tablero de controles del vehículo. Cuando viajábamos con Daniela, pude ver el tablero y la aguja de la bencina estaba por debajo de la línea indicadora de la reserva. ¡Eso era!, el

vehículo no llevaba mucha bencina y ¡se le acabaría unos kilómetros más adelante!

Me levanté del pavimento con aire renovado. Por eso mi mente me decía que debía correr, porque en realidad sí tenía muchas probabilidades de alcanzar el vehículo ya que quedarían en pana de combustible más adelante. Tomé bocanadas de aire para comenzar a correr nuevamente y entonces comprendí que mi suerte estaba cambiando. Unos focos iluminaron unos árboles por delante de mí proyectando mi sombra. Al dar media vuelta vi que un vehículo se acercaba por la carretera e iba en la misma dirección que yo.

Le hice señas con las manos y le pedí a gritos que por favor se detuviera. El conductor me quedó mirando y siguió de largo. Estuve a punto de gritarle una grosería y levantarle mi dedo medio cuando vi que las luces de freno se encendían. Lancé un suspiro y corrí hacia el vehículo. Cuando llegué junto a él me detuve por el lado del copiloto.

El conductor bajó la ventanilla. Era un hombre un poco mayor que yo, con barba y pelo un poco canoso, con cara de buena persona (aunque fugazmente recordé que la última vez que alguien me había llevado, también tenía cara de buena persona y terminó secuestrando a mi hija). Él habló primero.

---- ¿Qué haces solo en la carretera?

---- Tuve un accidente y alguien secuestró a mi hija

El hombre abrió los ojos sorprendido y le sacó el seguro a la puerta. Yo la abrí y me subí al vehículo agradeciéndole.

---- Vi tu auto dado vuelta varios kilómetros atrás. Se veía grave, pero tú no te ves mal.

El hombre aceleró y el vehículo se puso en movimiento. Sentí que el ánimo me volvía aún más. Llegaríamos pronto donde aquella loca hubiese quedado sin combustible.

---- La saqué barata ---- respondí.

---- ¿Cómo es eso que secuestraron a tu hija?

---- Una mujer nos ofreció traernos, pero está loca, me apuntó con un arma y me obligó a entregarle a mi hija Amanda. Cree que se trata de su hija que no ve hace años.

---- Mierda.

---- Sí, todo es una mierda. Es una maldita pesadilla, por eso te agradezco mucho que me hayas traído. Cualquier otro no lo hace.

El hombre me sonrió y me extendió la mano. Yo se la estreché con fuerza, transmitiéndole toda la gratitud que sentía en ese momento.

---- Descuida ----dijo él----. Mi nombre es Esteban. Voy a encontrarme con un familiar en la siguiente ciudad. Viajo de noche, porque así me encuentro con menos tránsito. Tuviste suerte de que pasara por aquí a esta hora.

---- Lo sé. Tuve mucha suerte. Yo soy Alejandro.

Esteban asintió y luego tomó el volante con ambas manos poniendo absoluta atención en la carretera.

---- ¿Tienes un poco de agua?

---- Claro. En la guantera encontrarás una botella con un poco.

---- Gracias.

Abrí la guantera y vi que la botella se presentaba ante mí como si brillara. Sin duda sería un elixir para mi garganta, luego de todo lo que había corrido. La saqué de la guantera y pude ver que detrás de ella había una pequeña caja que me llamó la atención. Al principio no distinguí bien de qué se trataba, pero luego un nudo se me formó en la boca del estómago al comprender que era una caja de balas. Aquello me puso tenso, pero entendí que sólo era una reacción normal por la situación que estaba viviendo. Quizás el hombre andaba armado, y eso era mucho más beneficioso para mis propósitos de recuperar a mi hija.

Cerré la guantera y abrí la botella. Bebí el agua como si se tratara de la mejor bebida del mundo. Me hizo muy bien. Calmé mi sed y aproveché el trayecto para contarle a Esteban de que el vehículo en el que viajaba Daniela con mi hija, se detendría por la falta de combustible, así que de seguro lo veríamos en cualquier momento.

---- Oye Alejandro ¿Esa loca es muy peligrosa?

---- Supongo que sí

De pronto se me pasó una idea por la cabeza. Algo que no se me había ocurrido preguntar antes a Esteban.

---- ¿Tienes un teléfono?

Él me quedó mirando y puso cara de <<lo siento>>. Luego volvió a mirar hacia la carretera.

---- Tengo uno ----dijo luego----, pero se le acabó la batería. Estúpidamente no ando con el cargador para el auto. Lo descubrí cuando ya llevaba una hora de viaje. La última llamada la hice a la policía, para reportar el accidente que vi, cuando encontré tu vehículo.

---- Vaya, al menos la policía llegará hasta mi vehículo y comenzarán a investigar. Eso puede servirnos.

Los minutos pasaron y comencé a impacientarme ya que avanzábamos y avanzábamos por la carretera sin encontrar ninguna señal del vehículo. Me imaginé que tal vez nos habíamos pasado algún camino secundario por el cual pudiera haberse adentrado. Quizás se había dado cuenta de la falta de combustible y con el fin de que no la pillasen, prefirió apartarse de la carretera principal. Se lo iba a comentar a Esteban cuando él apuntó con su índice hacia adelante.

Miré y una sensación de júbilo me invadió. A pocos kilómetros se veía un vehículo detenido en el costado de la carretera con los focos encendidos. Era el vehículo de Daniela. Por fin la habíamos encontrado.